


Monedas al aire

José M^a Pérez Sánchez (JM. Persánch)

 Hay algo más simple que lanzar una moneda al aire? Y, sin embargo, ¿Puede alguien explicarme la lógica del azar? Se me ocurrió preguntárselo a mi amigo, un Doctor en ciencias empíricas llamado *Hans de Oxford*, me explicó una y otra vez, con fórmulas inconcebibles para mí, que el azar no existía, que la suerte y el destino eran inventos irracionales del hombre, y que todo se podía reducir a formulas matemáticas. Absorto, con cara de niño pequeño, como aquel que redescubre el placer de las primeras veces, yo atendía en silencio. Hans, muy seguro de sí mismo, me invitó a su laboratorio, uno de esos cuyo desorden indican la presencia de un genio, y luego abrió un cajón. Había empezado a lloviznar, y la escena se parecía por momentos a la del Doctor Frankenstein antes de crear vida. Extendió sus manos, ofreciéndome que tomara aquel pedazo de metal con botones de todos los colores.

-¡Tira una moneda al aire y pulsa el verde! -Me asusté y pulsé el botón erróneo.

-¡No! ¿Pero qué has hecho? -Mi susto se convirtió en pánico. Comenzó a llover con más fuerza. ¿Lo habría causado yo al pulsar aquel otro botón? Hans, visiblemente nervioso, me arrebató el aparatejo y dijo mirándome con ojos tristes: - ¿Ves? Aún no estáis listos para conocer la lógica del azar, por eso lo mantenemos en secreto en círculos científicos muy reducidos. Devolvió su invento al cajón. Salimos del laboratorio, y él comenzó a actuar como si nada hubiera pasado.

Al día siguiente, aún empeñado en descubrir la lógica del azar, lancé una moneda mil veces, y calculé porcentajes. Una semana después me puse a construir mi propia máquina de azar, inspirada en la de mi amigo Hans, le agregué un sin fin de botones. Inventé mis propias fórmulas y mi casa se convirtió en un laboratorio improvisado donde reinaba el desorden. Pasado un mes, invité a Hans a que viniera a cenar. Sería el momento perfecto

para deslumbrarle con mi creación, y entrar en el círculo de los elegidos que juegan a ser Dioses. Aceptó. Cenamos comida casera que compré en un bar de la esquina. Charlamos y reímos hasta bien entrada la noche.

Era el momento. Me excusé para ir al aseo y volví con mi máquina del azar reluciente entre las manos. Hans me miró y sonrió. -Ahora sí estás listo para la gran verdad.- Yo no entendía nada, ni siquiera le había probado la utilidad de mi máquina...

-Escúchame bien. El azar y el destino ciertamente son inventos irracionales. Nuestros inventos científicos previenen e incluso hacen la función que durante siglos hicieron los Oráculos, hechiceros, chamanes y brujas. Unos hablan de Dioses y otros nada. Buscamos incesantemente explicaciones a todo, e incluso acabamos creyéndonoslas. Pero lo cierto es, que es una suerte el poder hacerlo. Si no tuviéramos la capacidad de imaginar nunca desarrollaríamos fórmulas interminables. Y eso, amigo mío, se lo debemos a la literatura. Lee, imagina e inventa. Y luego, si quieres que este mundo te haga caso, redúcelo a una mera fórmula que nunca entiendan.